

mendado al príncipe Romanodowski, al boyardo Strechnef, y al general Gordon que tenía el mando de las tropas que formaban la guarnición de Moscou.

Pedro en Saardam, en nada se diferenciaba de los demás obreros, entre quienes se confundía, participando de sus vicios y virtudes. Conocido por el nombre de Maestro Pedro, se le veía trabajar con infatigable constancia, siendo tal su actividad, que aprovechaba las horas de descanso en tomar lecciones de los más célebres anatomistas, físicos y cirujanos.

Consideraba que nada debía haber extraño para el czar de un imperio, y todo lo quería comprender; pues necesitando la Rusia una reforma radical, se propuso introducirla después de tener un conocimiento práctico de todos los ramos del saber humano. Y no le satisfacía adquirir simples nociones en los ramos que aprendía; llegaba á practicarlos; y viósele más de una vez sacar los dientes ó muelas á algunos de sus compañeros de taller que acudían á su ciencia con la satisfacción de verla bien practicada.

Así que Pedro adquiere una ciencia ó un arte, envía á Rusia á los profesores más distinguidos para que los enseñen, y las introduce de este modo en el imperio.

Los cuidados de artista no le impiden atender á los negocios políticos, y desde la humilde casaca de Saardam, dispone armamentos, arregla negociaciones, y no desaprovecha la menor ocasión que pueda utilizar en beneficio del Estado contrayendo alianzas con los vecinos.

Hecho un excelente constructor de navios, pasa á Inglaterra, donde estudia con atención las manufacturas, las canteras, los arsenales, y continúa ejecutando por sí mismo lo que ve hacer á los demás, convencido de que sin la práctica suele ser inútil la teoría. Posee la aritmética, las matemáticas, y le sirve esto para introducir los números en las oficinas de Rusia, que se valían hasta entonces de bolas; á tal extremo llegaba la ignorancia. Introduce también el tabaco, prohibido antes, y vende á una compañía inglesa su monopolio por 15,000 libras esterlinas, que las emplea en útiles adquisiciones.

Imbuído en la civilización inglesa, se embarca para Holanda, con objeto de visitar la Alemania y la Italia: pero sucesos graves exigen su presencia en Moscou, á cuya corte se dirige después de diez y siete meses de ausencia.

Habíanse insurreccionado los strelices y marchado sobre la capital; y aunque fueron derrotados por Gordon, experimentaron crueles castigos, escediéndose Pedro de una manera horrible en derramar la sangre hasta por su propia mano, de los desgraciados vencidos, y mezclando estas escenas de carnicería con insultantes orgías. Embriagado en deseos de venganza, derriba él mismo en un banquete tantas cabezas como vasos de vino se hace servir, llegando unas y otros á veinte. No satisfecho aun, inmola una gran parte de la nobleza, y los cadáveres de algunos de estos y de los strelices son colgados alrededor del convento donde moraba Sofia, suspendiendo á tres de ellos delante de la ventana de la habitación de su hermana, teniendo uno clavado en la mano un cartel en que invitaba á Sofia á que tomara el poder. Insulto atroz que añadía á la venganza.

Una insurrección en Azof es causa de nuevas víctimas y de dobles crueldades. Vencedor siempre en estas revueltas, quiere asegurar completamente la

tranquilidad del imperio para dedicarse á establecer las reformas proyectadas; y no contento con los strelices, disuelve esta milicia que tan ruidoso papel había desempeñado. Repudia también á su esposa Eudoxia, y queda desembarazado de cuanto le disgustaba.

Las tradiciones de los pueblos, sus costumbres, se erigen en leyes tan religiosamente respetadas que pocos pueblos han sufrido su destrucción. Pedro se propone empezar por tan peligroso camino; y prohíbe las barbas y las ropas talares, que era lo que constituía la nacionalidad de los rusos.

Esta providencia de Pedro no puede considerarse como un prurito de mandar. En su propósito de introducir las industrias y las artes, veía inconveniente en los ropages largos, que embarazaban la libertad de los movimientos. Prescribe, pues, para cada clase social un traje á la europea: resistense á adoptarlo, y establece entonces un impuesto sobre la barba y los trages que se proponía extinguir: de este modo hace pagar la vanidad, y opone así á la inflexibilidad de la edad, su avaricia.

Para los rusos comenzaba el año en setiembre, y conociendo Pedro la necesidad de uniformar su calendario con el de los pueblos civilizados, adopta el de estos.

Las mugeres, siguiendo las costumbres asiáticas, eran consideradas más bien como siervas que como compañeras: y á fin de que ocuparan el puesto que les concede la Europa civilizada, establece Pedro sociedades, á las que obligaba á asistir á los maridos con sus mugeres, y prescribía los saludos y las atenciones que se las debían, imponiendo penas á los contraventores.

Sus reformas se extienden á la religión y al clero. Modera el fanatismo, y reúne á su corona el patriarcado, nombrando un sínodo que recibía sus órdenes: de suerte que Pedro es el jefe de los soldados, de los funcionarios públicos y del clero: era, pues, verdadero soberano.

A la par que se sucedían unas á otras tan extraordinarias reformas en el interior, pensaba en el exterior. El poseer un puerto en el Báltico, era un deseo que se proponía realizar. Al efecto declara la guerra á la Suecia, que tenía á la sazón por soberano á Carlos XII, reciente sucesor de Gustavo Vasa.

Ningun enemigo más digno de Pedro que el novelo Carlos, que acudiendo solícito á medir sus armas con los rusos, triunfa gloriosamente de ellos ostentándose victorioso en Narva.

Solo diez y siete años tenía entonces Carlos XII, y con 8,000 hombres había derrotado á 32,000; enriqueciéndose con sus despojos, poniendo en consternación al imperio, y dándole ocasión de mostrarse noble y grande con los prisioneros.

No desanima á Pedro este revés tan funesto: ordena alistamientos, funde las campanas para hacer cañones que reemplazasen á los perdidos; consigue subsidios del solo aliado que le resta, Augusto, rey de Polonia, pero que no contaba con su pueblo enemigo del ruso: hace construir una flota, reunir dinero, y en fin, como si se hallara en el peligro más inminente se le venmovido alterar á todo el imperio, para preparar la venganza del desastre sufrido. Y como si Pedro tuviera el presentimiento de la victoria, se apresta nuevamente al combate, y al año de la pérdida de Narva, triunfa de los sucesos, exclamando Pedro: «¡Gracias á

Dios! hemos batido á los suecos sin que seamos mas que dos contra uno; ya les batiremos un dia con número igual.»

De resultas de esta victoria, capitula Mariemburgo, cuya poblacion es saqueada, incendiada, diezmadados sus habitantes y esclavizado el resto, entre los cuales se hallaba una jóven, que en nada se diferenciaba de aquella miserable multitud, y habia de ser, sin embargo, dentro de poco, la soberana de sus mismos enemigos.

Esta jóven era Catalina, hija de un pobre contra-maestre de Livonia, criada luego de Gluk, sacerdote luterano, que condolido de su horfandad, la recogió para su servicio, casándose despues la jóven con un soldado ó trompeta sueco que la dejó á poco viuda; no faltando quien afirmase, quedó en tal estado el mismo dia de su matrimonio, conservando de viuda la pureza de soltera.

De prisionera pasa al servicio del general Baner, que la trasmite á Mentschikof, en cuya casa la vió Pedro servir un dia á la mesa y se enamoró de la jóven livoniana.

Es difícil seguir con la velocidad que nos proponemos en estas observaciones, los repetidos y extraordinarios acontecimientos que tan rápidamente se suceden en este glorioso periodo de la Rusia.

Cada dia señalaba en sus fastos una gran concepcion de Pedro, ó el feliz resultado de un atrevido pensamiento. Abarcándolo todo su extraordinaria imaginacion, parecia multiplicarse, y acudir á todas aquellas puntos que exigian su presencia, porque él solo sabia dar vida á sus ideas, siéndole tan fácil realizarlas como concebirlas. ¡Glorioso poder del génio!

Habia empezado ya el siglo XVII, este siglo grande por tantos títulos, y las naciones del continente europeo empezaban á oír hablar de unos paises, que sino habian despreciado ó compadecido hasta entonces era porque no los conocian. Pero Pedro se propuso, no solo dar á la Rusia la importancia que merecia, sino hasta hacer que pesara su poder en la balanza europea, y ya veremos si lo consiguió.

Por de pronto, asoció su nombre al de los grandes reformadores; se identificó en celebridad con Carlos XII, y mereció con justicia el sobrenombre de Grande, de que no le ha desposeido la posteridad. No era en él, sin embargo, todo grande; aunque podemos decir que si merecia tal adjetivo por su genio, no lo merecia menos por su crueldad, y por sus denigrantes vicios.

No se dormia Pedro el Grande como Carlos XII á la sombra de los conquistados laureles; inspirándole nuevo aliento, y removiéndole sus huestes, conquista á Noteburgo, en el Neva, y se procura un puerto en el Báltico, apoderándose de Kantzi. Infatigable en todo, vésele servir de bombero en un buque, apoderarse de dos barcos suecos, y conseguir al fin una victoria naval, que por ser la primera que obtenia la apenas formada marina rusa, fué celebrada con la solemnidad que merecia.

El genio de Pedro no podia menos de verse satisfecho con el resultado de sus esfuerzos, que tanta gloria le conquistaban y legaba á su nacion.

Conociendo la importancia del Neva, trata de asegurar su posesion, y se decide á fundar á San Petersburgo. Bastábale quererlo, y cuanto mayores eran los obstáculos, mayor su empeño

Los primeros obreros sucumben á las fétidas exa-

laciones de aquellas aguas corrompidas. Van otros y otros; unos escitados por el interés, por la fuerza los que á él no atendian. Muchos son los que mueren; pero es ocupado pronto su vacío, y llenados antes los cementerios que la poblacion, lo es esta en breve por orden de su fundador, que manda á habitar dentro de sus muros á los cortesanos, á los artistas, á los mercaderes, á los artesanos, y él mismo reside tan pronto en San Petersburgo como en Moscou; siendo hoy aquella poblacion una de las mas notables de Europa.

Estos hechos, que demostraban el ominoso absolutismo del czar, contrastaban con actos que colmaban de gloria al general mas humano de nuestros dias. Al apoderarse de Narva, se entregan los soldados al saqueo, como solian hacer en toda poblacion que tomaban por la fuerza. Pedro indignado recorre las calles, conteniendo el desorden á fuerza de herir á sus soldados: llega á la casa de ayuntamiento, y arrojando su espada ensangrentada en una mesa, dice á los magistrados y ciudadanos reunidos: «Miradla, no está teñida con la sangre de los habitantes, sino con la de mis soldados, vertida para salvar la vuestra.»

Nuevos peligros le llaman á San Petersburgo; llega y los vence. Astrakan se subleva, y la sangre de gran número de insurrectos ahoga los gritos de la sedicion.

En tanto establece colegios y talleres de ciencias y artes, imprentas, hospitales; se empiezan á propagar los libros, y no le distraen estas atenciones de la principal, que era la guerra contra los suecos, de quienes triunfa en Lesna, cuya batalla, dice Pedro, *ha sido la madre de la de Pultava.*

La fortuna se declara decididamente contra el rey de Suecia; el general Rozen es batido en Dobre por Gallitzin, y el mismo Carlos XII es detenido un instante por Gordon en Desna. Todas las probabilidades del triunfo estaban por Pedro. Ofrece, sin embargo, la paz á su jóven rival, contentándose con la conservacion de la Ingria y el puerto de San Petersburgo. Carlos, atendiendo mas bien al entusiasta ardor de su edad que á la conveniencia, rechaza tales proposiciones, generosas atendido su estado, y corre á Pultava creyendo hallar su salvacion donde encuentra su ruina.

A pesar de la crudeza del horrible invierno de 1709, penetra en la Ucrania, toma campo delante de Pultava, y la sitia.

Validos de un falso ataque introducen los rusos considerables socorros; al saberlo Carlos, esclama: «Hemos enseñado á los rusos el arte de hacer la guerra»

La presencia de Pedro inflama valor en sus tropas; hallábase á su frente, cuando recibió en una bomba descargada que le enviaban los rusos sitiados, un escrito suplicándole se abandonase la poblacion, porque escaseaban las municiones. El czar se decide entonces á presentar la batalla á los suecos, y lo hace el 27 de junio. Allí se luchó con encarnizamiento por ambas partes. El jóven rey de Suecia, que dos dias antes habia recibido una herida en un muslo, se hace colocar en una camilla y atraviesa las lineas de sus tropas para recordarles sus anteriores victorias. Hubo entonces momentos decisivos para unos y otros combatientes; pero, merced á los esfuerzos de Pedro, triunfan los rusos, huyendo los suecos y Carlos XII, que acompañado de Mazeppa y de un cierto número

de caballeros, tuvo por gran fortuna hallar un refugio en el imperio otomano.

Nada le queda á Pedro que desear: ha vencido en Pultava á su mas temible enemigo: el mismo czar ha dado el ejemplo: su sombrero y la silla de su caballo de batalla quedan acribillados de balazos. Habia contraído méritos, y se hace nombrar sobre el campo de Pultava general y contra-almirante. Acto continuo dirige á sus soldados una proclama, en la que se leen estas líneas: «Hijos, los mas queridos de mi corazón, yo os saludo: ¡oh, vosotros, á quienes he formado con el sudor de mi frente! sois los hijos de la patria, que la sois tan indispensables como lo es el alma al cuerpo que ella anima.»

Despues escribe á Apraspin: «Con la ayuda del cielo, la piedra fundamental de Petersburgo se encuentra perfectamente colocada: permaneceremos siendo sus dueños y de su territorio.»

En efecto, la batalla de Pultava, en la que perdió un rey la corona, aseguró la del czar.

En Pultava se decidia la suerte de la Rusia: su triunfo aseguró su destino. Desde entonces los gabinetes del continente europeo dirigieron sus miradas al que renacia en San Petersburgo, victorioso y grande.

¿Cuán inmensa era la distancia que mediaba desde que el jóven príncipe, rodeado de atolondrados jóvenes, pasaba los dias entre los juegos y los ejercicios militares, formando sus guardias, núcleo de su excelente milicia, hasta que entra triunfante en Moscou á recibir los laureles conquistados en Pultava! Salvándose milagrosamente de la muerte que le preparaba su hermana Sofía y su ministro Gallitzin, se eleva al trono, crea tropas regulares, y la ignorancia, este azote de la humanidad, desaparece: las artes, las ciencias y todos los conocimientos útiles esparcen sobre la Rusia sus tesoros: cámbianse las costumbres y los trages y todo se mejora y se renueva: y se despierta en los rusos el sagrado sentimiento de independencia nacional. Tiene que vencer á un héroe, en el cual el ardor de la guerra se habia convertido en uso habitual, porque tenia necesidad de batirse como se tiene de respirar; pero no retrocede Pedro: para él no habia obstáculos. Posee el instinto de la política y la energía del mando, y estas envidiables dotes le hacen triunfar, despues de haber ofrecido una paz ventajosa en la víspera de una batalla cuya victoria esperaba confiado. Carlos XII rechaza las súplicas de su rival para que la aceptara. ¿Era orgullo ó esperaba vencer? Asegúrase que perdió el buen sentido, este grande maestro de la vida; porque hubiera visto sino la imposibilidad de vencer á su adversario.

Con el romancesco Carlos sucumbe la Suecia y se eleva la Rusia, que ve asegurada su influencia decisiva en el Norte de Europa.

Celebrando la jornada de Pultava, habia sentado á su mesa á los oficiales prisioneros. Al terminar la comida coge Pedro un vaso y brinda á *la salud de mis maestros en el arte de la guerra*. Pero al mismo tiempo que les rinde tan debido tributo, les envía á Siberia.

La prueba mas evidente de la importancia que empezó á adquirir la Rusia nos la suministran las mismas córtes estrangeras, barómetro el mas exacto.

La Gran Bretaña trata al vencedor de Pultava de muy alto y muy poderoso emperador: la Holanda republicana le prodiga todos los títulos que encierra el protocolo de las córtes.

Pedro, para solemnizar dignamente la victoria y eternizarla, hace construir en San Petersburgo un navío de cincuenta y cuatro cañones, llamado el Pultava.

Instigado Achmet III por Carlos XII, renuncia el 20 de noviembre de 1710 á la tregua de veinte y cinco años, acordada por su predecesor y reconocida por él mismo, y emprende la guerra contra Rusia. Aceptala Pedro, repara su ejército; pero antes de ir á combatir al turco celebró un matrimonio con Catalina, la jóven livoniana esclavizada en Mariemburgo, y de la cual tenía dos hijas, Ana é Isabel, destinadas á ocupar el trono.

Hasta el dia de su matrimonio con el czar, no habia figurado Catalina en la córte. Acostumbrada desde sus primeros años á la inclemencia de las estaciones, no tenia mayor gusto que seguir constantemente á su esposo en sus viages por mar ó tierra. Le consueta en sus inquietudes, le sostiene en sus trabajos, y le inspira á veces útiles resoluciones. Esta muger nacida en la última clase del pueblo poseia un genio que se habia hecho necesario al czar, porque le comprendia, y por eso la colocó á su lado en el trono.

El mismo dia de su matrimonio se dirigen los nuevos esposos hácia Polonia, y llegan al campamento cuando se hacia sumamente crítica la situacion de los rusos, por las ventajas que habian obtenido sus enemigos, los cuales les tenian cercados en el Pruth.

A todo atiende Pedro; y para anticiparse á los sucesos ó á cualquier desastre que le pudiera sobrevenir escribe á los senadores que si cayese prisionero, y el deseo de volverle la libertad les condujese á dictar órdenes contrarias al esplendor de la Rusia, que las rechaza; siendo esta su voluntad espresa.

La imaginacion de Pedro estaba sobrecogida, se encierra en su tienda á ocultar su dolor, y es bien pronto presa de horribles convulsiones. En tanto que él desespera del porvenir de la Rusia, Catalina, burlando la vigilancia de las centinelas, se llega á su esposo, y le inspira su valor, valiéndose de consejos y de caricias. «El presente, le dice no carece de recursos ni el porvenir de esperanza...» El czar subyugado por tanta presencia de espíritu, y por las pruebas de tan amante ternura, se abandona á las inspiraciones de Catalina, y esta se despoja en el acto de todas las alhajas y adornos que poseia; siguen su noble ejemplo los oficiales del ejército, y con ayuda del tesoro que se reune se obtiene una audiencia del gran visir.

La situacion era crítica: los rusos no tenian otro recurso que vencer ó morir. El turco temia un combate á muerte, y se acuerda una suspension de armas, mientras se arregla una capitulacion. El gran visir pretende se abandone á su venganza al hospedar de Moldavia; mas Pedro pronunció entonces estas memorables palabras: «Yo abandonaria mas bien á los turcos todo el terreno que se se estiene hasta Kursk (me quedará la esperanza de recobrarlo); pero la pérdida de la buena fé es irreparable; no puedo violarla. No tengo ahora mas que el honor, y renunciar á él seria dejar de ser monarca.»

Tan nobles sentimientos no fueron desatendidos; y se firma un tratado de paz y se restituye Pedro á Azof, demoliendo todas las fortificaciones de los límites del mar Negro.

Grandes eran estas pérdidas para la Rusia; pero confia el czar en sus recursos y espera indemnizarse. En tanto prosigue batallando con los suecos, y disciplinando su ejército, en el que obliga á inscribirse á

todos los nobles desde la edad de trece á treinta años, bajo la pena de ser despojados de sus bienes.

El brillante ejército que iba formando conseguía diariamente nuevas victorias, que fueron celebradas ostentosamente entrando en San Petersburgo donde se le dispensaron todos los honores del triunfo, participando de ellos Pedro, no como czar, sino como contra-almirante. Es nombrado entonces vice-almirante, y al darse á conocer á su pueblo, les alienta al trabajo y á la obediencia, y á que secunden sus empresas para que llegase á ser un día la Rusia lo que fué la Grecia en las artes y ciencias.

Cárlos XII muere por este tiempo; y el baron de Gert ministro del rey de Suecia, sube al patíbulo en Stokolmo, por haberse descubierto una gran revolucion europea que tramaba con Alberoni, ministro á la sazón del rey de España don Felipe V.

En medio de estas satisfacciones, le atormentaba la idea del estado en que se hallaba su hijo Alejo, tenido de su primera muger, y heredero por consecuencia del trono. Sin el genio del padre, pasaba una vida ociosa y abyecta y se mostraba enemigo de cuanto reformaba el czar.

Este, que queria dejar encomendada la corona á quien fuera digno de llevarla y de continuar la felicidad del imperio, veía con profundo dolor las tendencias de su hijo. Le escribe una carta tan digna de un monarca ilustrado, como de un tierno padre, y después de varias contestaciones, opta Alejo por encerrarse en un convento; pero se escapa á Nápoles, vuelve al fin á su pais, donde le esperan los brazos de un padre; y en último resultado se reproducen en Rusia las mismas escenas que en España, en el reinado de Felipe II. Alejo, como don Carlos de Austria, es procesado por órden de su padre, y uno y otro príncipe mueren en la cama, sin poderse afirmar si envenenados ó sucumbiendo á lo crítico de su situación.

Eudoxia, madre de Alejo, fué exhonorada; y todos los que pasaban por amigos ó cómplices del príncipe, fueron al suplicio. El intervalo que habian tenido las escenas de crueldad se interrumpió, y derramóse sangre en abundancia. Y como si Pedro no tuviera hastantes motivos de exasperacion, vino á aumentarla la muerte de algunos hijos que Catalina le habia dado, cuyas pérdidas le sumergieron en sus acostumbradas y horribles convulsiones que le duraron tres dias.

Como si tratara de reparar sus crueldades con benéficas acciones, empieza á ocuparse en la continuacion de sus proyectos.

Establece en toda la Rusia la unidad de pesos y medidas: crea una casa de espósitos, otra de huérfanos y un hospicio para los indigentes: establece una policia municipal é ingresa en ella como lo habia hecho en el ejército: castiga la blasfemia, aun en los beodos, y ya usando de humanidad, ya de rigor, trastorna completamente el imperio, ora tolerando á los fanáticos, á los que conoce no debe dar mártires, ora desarraigando las mas rudas costumbres, las mas bárbaras preocupaciones, y ora en fin despertando en los rusos el amor á las artes y ciencias, y el entusiasmo por la gloria.

Nuevas pretensiones le hacen tomar las armas; llama á sus soldados *sus plenipotenciarios*; consigue una paz ventajosa; queda dueño de la Livonia, de la Estonia, de la Ingria, y de la mayor parte de la Fin-

Viage ilustrado.

landia y de la Carelia, y posee en fin, seguros puertos en el Báltico.

Entonces el senado y el clero le conceden los títulos de *Grande* y de *Padre de la patria*, y la marina le da el título de *almirante*. Al llegar á tan alto grado de poderio, hace Pedro le presten juramento en calidad de *gefesupremo del colegio eclesiástico*.

Suplicanle nombre un patriarca, y cansado de la insistencia, se levanta un día lleno de furor en medio del sínodo y esclama designándose á sí mismo: *ved vuestro patriarca*. A estas palabras enmudece de terror aquella reunion de tan altas ó influyentes dignidades.

En medio de todo esto no descuidaba el ejército, convencido de su utilidad: crea una milicia de la nobleza; y á fin de dar consideracion á las demas carreras administrativas, asimila todo empleo civil á un grado militar, haciéndolo estensivo á la instruccion pública; de tal suerte que, un profesor siguiendo la posicion que ocupaba en una universidad, tenia su grado que correspondia en el ejército al de capitán ó coronel.

Los años de 1722 y 23 se señalan con nuevas y gloriosas adquisiciones para la Rusia que tiene ya puertos en el Caspio.

Al ver Pedro que nadie mas dignamente que Catalina podría sucederle, publica un decreto en que se dirigia á todos los súbditos de su estado, y recordándoles el uso constante y perpétuo establecido en todos los reinos de la cristiandad, segun el cual podian los soberanos coronar á sus esposas, presentando el ejemplo de Cenobia, de Lupicina, esposa del emperador Justiniano, de Martina que lo era de Heraclio, y de otras, les habla de los peligros que habia arrostrado en favor de la patria durante la guerra de veinte y un años consecutivos, y en los cuales, Catalina, su *muy querida esposa*, le habia dispensado inmensos socorros de todo género, acompañándole voluntariamente y sirviéndole con sus consejos, no obstante la debilidad de su sexo, muy particularmente en la batalla contra los turcos en la ribera del Pruth, donde el ejército ruso estaba reducido á 22,000 hombres, cuando el enemigo constaba de 270,000. Por estas causas, dice, y «en virtud del poder que Dios nos ha dado, hemos resuelto honrar á nuestra esposa con la corona imperial en reconocimiento de todos sus trabajos.»

La coronacion de Catalina, fué seguida de las fiestas mas espléndidas, que duraron seis semanas.

A poco se celebra tambien la union de su hija Ana con el duque de Holstein.

La paz venia á coronar tantas satisfacciones, que prometian una dichosa vejez que compensara al czar una vida llena de tanta gloria; pero nuevos sentimientos acibararon sus momentos de envidiable fortuna.

Cree le es infiel la que tomada de tan bajo estado habia sido elevada á tanta altura, y esto solo le basta para considerarse el mas desgraciado de los hombres.

Pero digna fué de loor su conducta; pues si bien decapitó á Moëns de la Croix, que inspiraba sus celos, lo hizo, ó lo demostró asi al menos, por haber vendido el favor de la emperatriz.

Ninguna prueba legal habia que demostrara la acusacion hecha á Catalina. Pedro, sin embargo, ape-la á la natura'eza, ese elocuente lenguaje de Dios, y paseando Pedro con Catalina la lleva por el sitio donde estaba clavada la cabeza de su pretendido amante.

Al divisar tan horrible espectáculo se conduce la emperatriz con un lenguaje mas bien desdeñoso que compasivo, de la corrupcion de los cortesanos. La hermana de Moëns fué condenada á recibir once golpes de knout: interésase Catalina por ella; la reconviene Pedro por su ingratitud, y enfureciéndose cada vez mas rompe una luna de Venecia y esclama: «Ya ves como no es necesario mas que un golpe de mi mano para que vuelva este cristal al polvo de que ha salido.—Habeis roto, le contesta la emperatriz, lo que constituia el adorno de vuestro palacio: ¿creéis que será mas hermoso?»

Esta sencilla contestacion le apacigua; y en lugar de once se permutan en cinco los golpes que debia recibir la hermana de Moëns; y como siempre ha hecho el despotismo recaer la venganza hasta en los hijos de sus víctimas, los de esta infeliz madre son enviados al ejército de Persia como simples soldados.

La vida de Catalina estuvo en peligro. Pedro, que tanto se dejaba llevar de sus violentos arrebatos, quiso mas de una vez atentar contra la existencia de su esposa. Arrepentíase luego y lo sentia.

Pasábale otro tanto despues de ejercer aquellos accesos de bárbara crueldad á que se entregaba y han ensangrentado las bellas páginas de su glorioso reinado. Asi se le oia esclamar muchas veces: *He sabido civilizar al imperio, y no me he civilizado á mí mismo.*

Aunque muchos escritores nos presentan á Pedro con un corazon feroz y salvaje; debe concedérseles tanto crédito como al apologista Voltaire. Al contrario, la ternura del alma de Pedro le llevó al sepulcro. Herido en lo mas íntimo de sus afecciones ó creyendo al menos que lo estaba, fué socavando el dolor su vida. Aquella alma que no se doblegaba ante los mayores peligros, empezó á abatirse por la infidelidad verdadera ó supuesta de Catalina. La amaba con pasion, con delirio, y aquel hombre á quien tantas glorias habian halagado, se creia con sobrado derecho á ser feliz con aquel amor que dulcificaba su genio, refinaba sus costumbres y constituia su felicidad.

Abismado en su desgracia, faltóle el genio para soportarla; esto podia hacer creer que carecia de él, y justificar el dicho del ciudadano de Ginebra, el ilustre rival de Voltaire: «Pedro, decia, tiene genio imitativo; pero no el verdadero genio que crea y lo hace todo de la nada.»

En fin, á las cuatro de la mañana del 8 de febrero de 1724, y sosteniéndole su hija Ana, es acometido de un ataque de parálisis, y exhala su último suspiro sin poder pronunciar mas que las palabras *entregad todo...*

Asi acabó la vida de Pedro el Grande; del fundador del ejército y de la marina rusa; de San Petersburgo; el que introdujo las ciencias, las artes y la imprenta; el que cambió el nombre de esclavos por el de súbditos; el que destruyó las rudas y arraigadas preocupaciones del pueblo; los abusos hasta del clero; el que ensanchó prodigiosamente los límites del imperio, el que asentó los cimientos de la civilizacion rusa, y el que hizo, en fin, que tomara este coloso del Norte un asiento en el congreso europeo.

Pedro, pues, debe ser juzgado segun su época, y conforme al estado en que se hallaba la Rusia.

Ya veremos si las semillas sembradas por Pedro dieron los frutos que eran de esperar, ó si fueron arrojadas en un terreno tan estéril como ingrato.

Los que han negado las previsiones de Pedro han podido conocer su error á la vista de posteriores sucesos. ¿Quién dejará de conceder un gran talento político al que prescribe á sus sucesores: que se haga todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas?

—Sostenerse constantemente en pie de guerra.
—Estenderse por todos los medios posibles hácia el mar Negro y el Báltico.

—Comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa; y con pretexto de sostener un ejército permanente, establecer almacenes y astilleros en el mar Negro y adelantarse hasta Constantinopla.

—Estar muy unido á la Inglaterra que favoreceria los adelantos de la marina rusa y la ayudaria á dominar en el Báltico y en el Euxino.

—Persuadirse que el comercio de la India es el del mundo, y que el que le tiene en su mano es dueño de la Europa.

—Mezclarse en las cuestiones de esta misma Europa, y sobre todo en las de la Alemania.

—Fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia, y la anarquía en Polonia, hasta que una ú otra se vean subyugadas.

—Sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungria, la Turquia y la Polonia Meridional.

—E irritar entre sí á las córtés de Francia y Viena, y aprovecharse de su mútua debilidad para ganarlo todo...

Examínense los resultados que han tenido estas ideas; la situacion actual de la Rusia, y se comprenderá su importancia.

La Rusia ha ganado desde Pedro el Grande hasta nuestros días:

1.º Varias provincias arrebatadas por él á la Turquia á lo largo del mar Negro hasta el Danubio y Pruth, que comprenden 1.902,000 habitantes divididos en cinco gobiernos.

2.º Los países de los antiguos mongoles, tártaros y cosacos, que forman tres gobiernos con 3.289,000 almas.

3.º En Asia una porcion de la Armenia; la Georgia, arrebatada á la Persia en 1801 y 1813, ademas de las provincias al Oeste del mar Caspio. En el Kour y el Aras, el Este de aquel mar, el territorio que se estiende hasta el golfo de Balkan; orillas del Aras, los kanatos de Grivan y Nakchitchevan, cedidos por el tratado de 1817: en todo 15.000,000 de almas.

4.º La Livonia, la Curlandia, la Estonia, la Finlandia.

5.º Cuando la primera particion de la Polonia, 1772, la Rusia obtuvo los *Palatinados*, reunidos despues bajo el nombre de Rusia blanca.

6.º La segunda y tercera particion de la Polonia le dieron las provincias de que se componen los gobiernos de Minsk, Kiev, Podolia, Wolhynia, y Grodno, con mas de 5,000,000 de habitantes.

7.º El ducado de Varsovia, erigido en reino en 1815, con un simulacro de nacionalidad y constitucion que ha desaparecido desde 1832.

Todo lo cual forma un total de 340,281 millas cuadradas, y 24.871,000 habitantes.

¿Qué nacion en el mundo ha obtenido en tan poco tiempo tan prodigioso aumento conservándolo?

Verdad es que abriga eternos enemigos en estos

mismos territorios en que domina; ¿pero pueden hacer valer su sagrado derecho para emanciparse de sus señores? ¿Puede la Polonia, por sí sola, conquistar su independencia? Creemos que no, desgraciadamente. Y la Rusia está bien interesada en que no se desprenda de su corona imperial esta rica piedra de que se ha apoderado para aumentar su grandeza.

Nadie mas dignamente que Catalina podia reemplazar á Pedro, porque ella continuaria en la grande obra emprendida por su esposo, y á la cual no habian sido indiferentes sus consejos.

En los pueblos sometidos al despotismo, parten generalmente las reformas del palacio; él impulsa al movimiento que siguen los súbditos. Si en estos se abraja alguna idea de libertad, y está socavada la obediencia, la revolucion es el resultado. La mision entonces de un buen monarca es anticiparse á los deseos de su pueblo, si son justos, ó precaver las fatales consecuencias que podrian originar, si no lo fueran, y les opusieran una resistencia imprudente.

Pedro queria prosiguiera su obra, y por eso hizo emperatriz á Catalina, con el fin de que si le sobrevivia mejorara lo hecho por su esposo.

Catalina era graciosa, de bonita fisonomía, y de muy buen sentido. Alegre siempre, se confundia su jovialidad con esa viveza de imaginacion que la han atribuido en tan alto grado algunos escritores. Estas circunstancias que la adornaban, imprimieron á su corto reinado, que solo duró dos años, cierto carácter de dulzura, que contrastaba notablemente con el largo y feroz de su esposo.

Ella modificó el bárbaro rigor de las leyes criminales; aminoró los insoportables impuestos que desahucaban á las clases pobres, y velando tambien por las provincias recientemente conquistadas, envia á ellas gobernadores que las traten con la suavidad que no se habia acostumbrado hasta entonces.

No se distinguió en efecto su reinado con ningun hecho glorioso de armas; poco afecta á la guerra, deseaba permanecer en paz con sus vecinos; así que en vez de ganar batallas, se procuró el afecto de las cortes extranjeras, y en hacer alianzas, concluyendo con los gabinetes de Viena, Berlin y Madrid, un tratado contra la Francia, la Dinamarca y la Inglaterra.

Cumplia apenas treinta y ocho años, cuando la arrebató la muerte. En su testamento confiere la corona al hijo de Alejo, á quien algunos acusaban de haber sido causa de su fin. No podia darse mejor mérito á tales imposturas, cuando le preferia á sus hijos.

Establecióse un consejo de estado hasta la mayoría del jóven emperador, compuesto de Ana, Isabel, el duque de Holstein, Mentzikof y cinco senadores, todos los cuales habian recibido sábios consejos para la conservacion del imperio y del orden.

El reinado de Catalina fué un intervalo de descanso para la trabajada Rusia, conmovida toda por el czar. Necesitábale para arraigar las reformas introducidas; para asegurar sus nuevas é importantes adquisiciones, y para continuar su engrandecimiento.

La historia de Rusia se señala ahora con uno de esos horribles espectáculos que han afligido á la humanidad. Ambiciones, ingratiitudes, suplicios, vicios y crímenes por todas partes, y sumido el pueblo en un estúpido marasmo, del que le sacó Catalina II, la grande Catalina, que se apodera del trono haciendo asesinar á su marido, ó consintiéndolo al menos.

A la muerte de Catalina I, Mentzikof, en cuyas

Viage ilustrado.

manos estaba el poder, reunia una ambicion desmesurada á la mas insaciable codicia. Bajo el reinado de Pedro, las exacciones de este favorito habian sublevado los clamores del pueblo; y aunque el senado le habia condenado á muerte, triunfa de sus acusadores, gracias á la amistad que le concedia el czar. Pierde luego el favor de éste; pero vuelve á adquirirle en el reinado de Catalina, y á tanto se eleva su ambicion, que aspira á la corona imperial enlazando á su familia con la de los czares. Este propósito le hizo aumentar sus excesos y su crueldad; y como soberano señor de la Rusia, sacrificó á una gran parte de la nobleza, que por oponérsele, fué diezmada. Los suplicios se reproducian diariamente, y hubiera terminado con todos sus enemigos si estos no se anticiparan á ganar el afecto de Pedro II Alejowitch, que derribó al favorito ministro de la cumbre del poder relegándolo á la Siberia pobre y desnudo de títulos y honores.

Supo, sin embargo, Mentzikof hacerse mas grande siendo pobre que opulento, pues privándose de las cosas mas necesarias, ahorró lo bastante para erigir un templo donde se entregó completamente á Dios, hallando en las oraciones religiosas la dulce paz del alma que le habia negado su inmensa grandeza.

Pedro II disfrutó bien poco del trono y de la vida, que dejó uno y otra á los quince años de su edad, sucediéndole Ana Ivanowna, que acepta la corona que la proponen á la par de una especie de constitucion que habian formado los grandes señores y dignidades del imperio para poner algunos límites al despotismo imperial. Acuerdo inútil en un pueblo que desconocia sus propios derechos. Así se vió en breve destruida esta obra y entronizado Biren, favorito de Ana, que desplegó una crueldad inusitada.

El verdadero soberano de la Rusia era Biren, este ambicioso extranjero cuya entrada en el imperio le fué negada cuando ascendió Ana al trono.

Hecho conde y cargado de honores y condecoraciones, se le deja el imperio á su discrecion; consigue, aunque á cara costa, ser duque de la Curlandia, y llegando así al mas alto grado de la fortuna, se baña gozoso en la sangre de los nobles rusos, haciendo espirar en el suplicio á veinte y cinco mil. En vano la emperatriz Ana implora por las víctimas, le suplica, se arroja á sus pies, él la rechaza impulsado por una rabia feroz. Bastaba haber nacido en Rusia para estar incapacitado de obtener cualquier empleo ó dignidad. «Los rusos, decia, no deben ser gobernados mas que por el látigo y por el hacha.»

Ana, cuyo corazon era naturalmente bueno, estaba tambien subyugada, y solo podia llorar la desolacion del imperio, cuya corona llevaba tan indignamente.

Para hacer mas crítica la situacion de la Rusia se renuevan las hostilidades con la Puerta, y despues de tres años de una guerra casi infructuosa donde se vió el estado de postracion á que habia llegado el ejército ruso, al que tenian que hacer andar á cañonazos, se firmó en 1739 la paz de Belgrado.

Al año siguiente muere Ana, responsable á los ojos de la posteridad de la sangre con que manchó los diez años de su reinado, ó mas bien del de su amante Biren.

Si grande habia sido el poderio de Biren durante la vida de Ana, no lo fué menos á su muerte. Nombrado regente del Estado durante la minoría de Ivan IV, continúa siendo tan soberano de su pequeño príncipe, como de la Rusia. Su orgullo, su ambicion y tiranía